

Violencia en la Adolescencia: manifestaciones, causas y formas de prevención

Recibido: Abril, 11, 2011
Aceptado: Junio 14, 2011

Jaime R. Robert Jiménez

Universidad Católica de Costa Rica

Resumen

En este artículo se explora el problema de la violencia en la adolescencia, su significado, manifestaciones, causas y formas de prevención. Previamente se reflexiona en torno a la noción de violencia, se revisan algunas teorías y se argumenta en favor de la existencia polivalente de la violencia y la agresión. Se destaca el carácter especialmente virulento que asume la adolescencia en la posmodernidad, relacionado, de una parte con la estructura misma del yo y sus identificaciones narcisistas, de la otra, con las condiciones histórico-sociales en que se desenvuelve la adolescencia, mismas que comprenden una plétora de aspectos que van desde aquellos propios del contexto transnacional hasta el familiar, y cuyas peculiaridades habrá que considerar para la prevención y combate de las manifestaciones de violencia y destructividad en general y en el adolescente en particular.

Palabras clave: adolescencia, agresividad, carácter, destructividad, identidad, institución escolar, ley paterna, medios de comunicación social, modernización, violencia.

Abstract

In this article the problem of the violence in the adolescence, its meaning, manifestations, causes and forms of prevention is explored. Previously it is discussed around the violence notion, some theories are reviewed and it argues in favor of diverse forms to of violence and aggression. The special character virulent that it assumes the adolescence in the posmodernidad, related to the same structure of self and its narcisistas identifications stands out, on the one hand, of the other, with the conditions historical-partner them in which the adolescence develops, same that includes a plethora of aspects that go from those own ones of the transnational context to the relative, and whose peculiarities will be necessary to consider for the prevention and generally fight of the manifestations of violence and destructiveness and in the adolescent in particular.



Key Words: adolescence, aggressiveness, character, destructiveness, identity, modernization, parental law, social mass media, scholastic institution, violence.

Introducción

Empecemos por un asunto conceptual. La violencia es algo que recorre la existencia humana y más allá. La adolescencia es un momento en esta existencia, entre lo familiar y lo social, lo infantil y lo adulto. En consecuencia se trata, más que de la violencia adolescente, de la violencia en la adolescencia.

Ahora bien, cuando se habla de violencia surge inmediatamente la cuestión de su polisemia, y en particular, su relación con otros términos asociados tales como agresividad y destructividad.

¿Pueden acaso calificarse con el mismo término acciones, consecuencias, estados emocionales, finalidades y contextos tan diversos como la lucha por la sobrevivencia o la aniquilación del otro, el castigo correctivo o el abuso parental, el ataque físico o verbal, el odio o la procuración de diversión, la expropiación o la lucha por la liberación?

¿Es acaso la violencia una cuestión definible por sus efectos, por la topografía misma del acto, por los factores motivacionales subyacentes, o acaso por el contexto interpersonal o cultural en que todo ello acontece?

¿Qué relación existe entre esas distintas formas de expresión y significación con las que se hace referencia a la noción de violencia, en particular cuando se alude a sus manifestaciones en la adolescencia?

Antes de adentrarnos en estas cuestiones, hagamos mención de algunas estadísticas nacionales e internacionales que evidencian la importancia del tema y la urgencia de su intervención.

Estadísticas a finales de los 90s. del siglo pasado en los EEUU señalan a las muertes por homicidio entre adolescentes como la segunda de las causas de muerte en esta población, con un 42% en afroamericanos entre los 12 y los 24 años, 35% en los hispanos y 6% en los anglosajones y otras poblaciones llamadas blancas (Blum, Ireland y Blum, 2003), .

En Centro América, donde la población entre 15 y 24 años constituye el 20.3% del total a mediados del 2000 (FAO, 2006), la incidencia de violencia es considerada de las más altas del mundo con una tasa de homicidios por sobre 33./100000 habitantes; diversas formas de agresión alcanzan una tasa de 258.1/100000, siendo que en San Salvador cerca de un 70% de robos y homicidios son cometidos por jóvenes entre los 14 y 30 años

de edad, al tiempo que, en toda la región, entre 70000 y 100000 personas entre estas edades pertenecen a alguna pandilla (PNUD, 2010).

Costa Rica, que, al contrario de sus vecinos del istmo, mostraba hasta finales de los 90s. junto con Chile, Uruguay y Argentina, los índices más bajos de violencia en Latinoamérica, con tasas de incidencia similares a las de los llamados países desarrollados, da muestras evidentes de deterioro en los últimos 15 años y diversas manifestaciones de violencia estarían en claro y preocupante incremento.

Así, las muertes por homicidio, que durante los 80s. se habían mantenido en el país a una tasa por debajo de 4/100000 habitantes, se incrementan para el nuevo siglo a razón de 11/100000. (Carranza y Solana, 2004, Carranza, 2010), ubicándose entre la tasa de muertes por suicidio 7.7/100000- (Proyecto Estado de la Nación, 2006) y la de muertes por accidentes de tránsito 14,24/100000), que para el 2005 alcanza una tasa de ocurrencia de accidentes de 1335/100000 (Dirección General Policía de Tránsito (2010, 06 de mayo); diversas formas de agresión alcanzan la tasa de 144/100000 habitantes, los heridos con armas de fuego o punzo cortantes 0.7%, los asaltos a mano armada 5.3%, y las denuncias por delitos

sexuales 0.3% (PNUD, 2010). Estadísticas todas ellas con una sobre representación masculina y juvenil.

Ya en su informe de 1999 el Programa Estado de la Nación concluía que

Este panorama de las principales características de la violencia en Costa Rica constituye tan solo una aproximación a la punta del iceberg. La prevención y atención de ese flagelo requieren profundizar en la comprensión de sus determinantes socioculturales y manifestaciones cotidianas, lo cual configura un área de trabajo muy sensible e importante, tanto para la agenda de la investigación nacional, como en lo que concierne a la generación de políticas de atención de la vida que articulen los esfuerzos del Estado y los de la comunidad nacional (79).

Finalmente, y como antecedente empírico de lo que se expondrá a continuación, valga hacer mención de las causas de la violencia a que se aluden en los principales estudios sobre sus manifestaciones en la adolescencia.

La investigación empírica tiende a destacar a este respecto determinantes de índole individual, familiar y del entorno extrafamiliar más inmediato al adolescente: —victimización, alcoholismo, drogas, baja alfabetización, raza y género se asocian a los indicadores individuales como factores de predicción de violencia juvenil; como indicadores familiares asociados a la violencia juvenil se citan la violencia doméstica, abuso sexual, acceso a armas en la casa y el provenir de familias uniparentales; hay una fuerte asociación entre agresión parental y agresión adolescente, que algunos asocian con modelado de roles o también como marcador de disfunción familiar. Como factores asociados al entorno del adolescente, se citan el ambiente escolar, la violencia de las pandillas y el fácil acceso a armas por parte de los pares. (Blum, Ireland y Blum, 2003; Díaz-Aguado, 2005; Krauskopf, D. (2003).).

Queda, nos parece, bastante documentada la relación que existe entre algunas de las formas más extremas de violencia y la adolescencia, mas antes de adentrarnos en su significado, manifestaciones y posibles causas, es importante profundizar en la noción de la violencia como un concepto y fenómeno

polisémico, polimórfico y multideterminado.

Sobre el concepto de violencia

¿Qué define a un evento, acto, acción o comportamiento como violento? Según el psicólogo social y sacerdote jesuita hispano salvadoreño, Ignacio Martín-Baró, asesinado a finales de los 80s por fuerzas del ejército salvadoreño, existe gran confusión en torno a la semiosis de la violencia, en particular entre los conceptos de violencia y agresión, estando el primero asociado más con el empleo de la fuerza excesiva y el segundo con las intenciones o propósitos de producir daño (Martín-Baró, 1984).

La violencia entonces estaría más referida a todo acto en que se aplique una dosis de fuerza excesiva, mientras que la agresión solo sería una forma de violencia, a saber, aquella en que se aplica un exceso de fuerza en contra de alguien o algo con la intención de causarle daño. Queda a discusión las consecuencias dañinas no intencionales y acaso no precedidas de actos violentos.

La confusión conceptual entonces, parece surgir de las diversas combinaciones en que se pueden concebir actos violentos intencionales o inintencionales de consecuencias dañinas o no, así como

agresiones violentas o no y de consecuencias dañinas o no, e incluso consecuencias dañinas o benéficas precedidas de actos violentos o no, agresivos o no.

Más allá de la polisemia señalada, y a despecho del construccionismo posestructuralista, la discusión encierra una cuestión más ontológica y existencial referida a las diversas manifestaciones, causas y consecuencias de la violencia y la agresión, en particular las referidas a los dilemas en torno a su significado y carácter adaptativo o destructivo, innato o aprendido, mono o multideterminado.

A pesar de la proclama de la Organización Panamericana de la Salud en el sentido de que toda forma de violencia constituye una violación de los derechos humanos cualesquiera que sean el tipo de sociedad y personas involucradas (Krauskopf, 2006), en este artículo defendemos la tesis de la existencia de formas diversas de violencia y agresión, en particular unas de carácter defensivo y reactivo, de valor filogenética y ontogenéticamente selectivo, y otras que resultan característica de esa propensión a la destructividad y la crueldad con la que constantemente se identifica la preocupación por la violencia humana.

¿Es que acaso son todas de la misma naturaleza o devienen unas de otras y por lo tanto responden a una misma explicación?

Sigmund Freud, Burrhus Skinner, Konrad Lorenz y Carlos Marx, cuatro de nuestros referentes más reputados en la materia, si bien difieren en sus apreciaciones sobre la naturaleza de la violencia y la agresión, no parecen distinguir entre uno y otro tipo y cuando lo hacen, ello sólo es para derivar unas modalidades de las otras.

Es nuestra intención demostrar el error de tal actitud así como la relevancia que para entender e intervenir sobre la violencia en la adolescencia, tiene la comprensión de su diversa naturaleza, y en especial de la diferenciación entre agresividad y destructividad, así como de su multicausalidad o multideterminación.

Empecemos por distinguir las tesis innatistas de las ambientalistas y contextualistas sobre la violencia humana.

Freud (1983) y Lorenz (1971) consideran el comportamiento violento o agresivo como resultado de un instinto innato, programado filogenéticamente, que busca su descarga y espera la ocasión apropiada para manifestarse.

La violencia sería así el resultado de un impulso ingobernable hacia la agresión, y ante el cual lo mejor que podemos hacer es comprender la ley de la evolución que explica el poder de ese impulso, y actuar en consecuencia.

Así, la adolescencia sería una edad en que este impulso se intensificaría, especialmente al modo de una olla de presión, que requeriría de múltiples vías de descarga y que en caso de no encontrarse vías catárticas normadas y ritualizadas socialmente, devendría en modalidades de destructividad intraespecífica. Tal es el marco en que se desenvuelven películas como —La naranja mecánica y —Asesinos por naturaleza, aunque en el primer caso tendríamos que hacer referencia a la novela de Anthony Burgess (2001) más que al *film* del cineasta Stanley Kubrick (1971).

El deporte, la canalización socialmente útil del impulso contra el otro y la creación de mecanismos inhibitorios intraespecíficos como el contacto cotidiano, la promoción de semejanzas e identificaciones, las prescripciones religiosas y otras formas de contención, serían entonces estrategias para sobrellevar socioculturalmente este lastre congénito.

En la novela —La naranja mecánica, por ejemplo, la violencia sin sentido es presentada como una prerrogativa de la adolescencia, la que rebosa de energía pero le falta talento constructivo; su dinamismo se ve forzado a manifestarse destrozando cabinas telefónicas, descarrilando trenes, robando coches y luego estrellándolos, atacando sexualmente a las chicas, maltratando ancianos y vapuleando pares. Sin embargo llega el momento en que la violencia se vivencia como algo juvenil y aburrido, y se llega a reconocer que es mejor emplear la energía en algo constructivo que destructivo, casarse, engendrar hijos, convertirse en ciudadanos de bien. Otro tanto parece suceder en el *film* —Asesinos por naturaleza (Stone, 1994)

Pero todo esto supondría que la diversidad de causas, motivaciones, manifestaciones, consecuencias y contextos de expresión de la violencia, serían en lo substantivo derivadas de una misma fuente u origen: En Freud, una pulsión de muerte que, avivada por el resurgir de la sexualidad y la rivalidad edípica, si no se exterioriza como agresividad termina por consumir al propio sujeto; en Lorenz, un mecanismo básico de selección evolutiva al que los avances tecnológicos habrían vuelto peligroso para la sobrevivencia, tanto interespecífica como intraespecífica, que tiende a exacerbarse en

una edad, como la adolescencia, en que los inhibidores y canalizadores socioculturales son proclives a ser puestos en entredicho.

Y por supuesto que la adolescencia es un período en que rápidamente se identifican manifestaciones de eso que Freud llamaba psicología de masas (Freud, 1969) y Lorenz entusiasmo militante (Lorenz, 1971), y de las cuales pareciera que encontramos fácil ilustración en las barras y pandillas juveniles, en particular en esas que se destacan en los eventos musicales y deportivos y se extreman en sus expresiones pandilleras, e incluso en los enfrentamientos de orden contracultural y demás expresiones político-ideológicas; pero lo es en la medida en que tal psicología de masas y dicho entusiasmo militante se encuentran asociados con motivaciones existenciales como la procuración de identidad, trascendencia y búsqueda de significado, tan característicos de esta edad, y con historias y entornos socioculturales por los que su procuración resulta particularmente dramática, mediaciones sin las cuales aquellos presuntos impulsos instintivos resultan excesivos y, lo peor, poco comprensivos.

Skinner (1986) y Marx (Marx y Engels, 1963) por su lado, consideraban que no es en

la naturaleza sino en el entorno donde deben buscarse las claves de la violencia humana.

El conductismo y sus teorías sobre las contingencias de refuerzo, el aprendizaje vicario y la frustración-agresión, tienden a destacar precisamente el papel de los entornos naturales y sociales en las diversas manifestaciones de conductas violentas.

Desde esta perspectiva, la naturaleza se presenta como infinitamente maleable, y nada en ella puede considerarse un obstáculo en la consecución de unos resultados deseables.

La conducta violenta como tal sería tan programable como cualquiera de sus antípodas, y si ella se destaca por su frecuencia e intensidad sobre otras conductas, es porque de alguna manera encuentra ocasión propicia en un entorno reforzante.

La violencia en la adolescencia así, sería expresión de entornos familiares, escolares, vecinales, mediáticos y demás, que estimulan o refuerzan tales comportamientos, y la solución, identificar que aspectos de tales entornos estarían promoviendo tales conductas y cuales podrían reforzar conductas alternativas no violentas, y actuar en consecuencia.

En cuanto a Marx, más que en el entorno inmediato y sus contingencias de refuerzo, es

en el carácter del sistema social y sus irracionalidades donde deben buscarse las razones del aumento en la violencia y también los modos de reducirla.

Desde esta perspectiva, la violencia encuentra sus fuentes en factores de orden estructural e impersonal, siendo la explotación socioeconómica la partera principal de las diversas formas de violencia social e interpersonal, que encuentran sustento complementario o superestructural en otras modalidades asimétricas de relaciones de poder como las étnicas, de género, etarias o religiosas.

Una propuesta que nos persuade contra la tendencia tan común a reducir la violencia a sus manifestaciones interpersonales y conductuales, así como a procurar su disminución o regulación mediante cambios más o menos controlables en entornos socioculturales primarios o funcionales como pueden ser la familia, el centro escolar o el barrio, omitiendo así sus manifestaciones impersonales y estructurales emanadas de la acción de las instituciones y contradicciones sociales prevalecientes como expresiones de violencia, y que son las que tienen consecuencias más amplias y de mayor gravedad, y requieren de dispositivos más

bien macrosociales, jurídicos e institucionales de mediación.

Pero ni las tesis instintivistas, ni las ambientalistas o contextualistas, distinguen entre las diversas expresiones de la violencia, y en particular entre esas dos grandes polaridades: aquella al servicio de la supervivencia del organismo y de la especie, básicamente adaptativa y reactiva, común a humanos y animales, y aquella otra, más bien específica del ser humano, no apta o programada filogenéticamente ni biológicamente adaptativa, caracterizada por la crueldad y la destructividad y cuyos orígenes no necesariamente serían comunes.

Un autor humanístico como Erich Fromm (1975) postula que mientras podemos hablar de un instinto agresivo referido a la violencia adaptativa, no es posible reducir todo tipo de violencia, incluida la propensión cruel y destructiva, a esa agresividad biológicamente dada.

Según este autor, el estudio etológico, esto es, del comportamiento animal en situación, revela que los animales, a pesar de poseer bastante agresividad defensiva, no son asesinos ni torturadores naturales.

En ellos la agresividad se encuentra filogenéticamente programada para movilizar

impulsos de ataque o huida cuando están en peligro sus intereses vitales, sea la preservación de la vida, el alimento, el espacio, la prole o el acceso a las hembras. Una vez alcanzado el objetivo, las manifestaciones violentas y sus equivalentes emocionales desaparecen.

Y, en cuanto al ser humano, también encontramos este tipo de violencia propio de la agresión defensiva cuando está en peligro su vida, salud, libertad o propiedad, aunque en su caso, puede sobreponerse a esta reacción con base en convicciones religiosas o morales.

Ahora bien, aunque con bases neurofisiológicas similares, la agresividad humana defensiva es de un radio mucho mayor que la animal, y ello por la configuración cerebral específica y condiciones propias de existencia del homínido.

Pero más allá del infinitamente más amplio radio de acción de la agresividad defensiva humana con respecto a la animal, resulta exclusivo del ser humano otro tipo de violencia, cuyas raíces no se encuentran filogenéticamente programadas ni resulta biológicamente adaptativa, caracterizada por la crueldad y la destructividad.

Este tipo de violencia difiere tan radicalmente en su intensidad y manifestaciones según los tipos psicológicos y los entornos socioculturales, que su existencia estaría más bien en función de contingencias ambientales como las referidas por Marx y Skinner.

Pero, a diferencia de lo que postula el ambientalismo skinneriano, estas circunstancias operan en relación con la condición existencial biológicamente dada y las necesidades que en ella tienen su origen y no con una psique indiferenciada, por lo que la violencia destructiva no sería resultado de cualesquiera contingencias sino respuesta a las necesidades existenciales, radicadas a su vez en las condiciones mismas de la existencia humana.

Según Fromm, la existencia humana se debate de cara a contradicciones insolubles y comunes a todos los seres humanos, contradicciones que identifica como dicotomías existenciales y ante las cuales sólo cabe adoptar determinada actitud.

Por un lado, la condición biológica del ser humano lo coloca en una situación de precariedad e indefensión en la lucha por la sobrevivencia. Por otro, la razón y la conciencia de sí que desarrolla lo separan de la naturaleza, provocando fuertes

sentimientos de soledad e impotencia que le resultan intolerables.

Las pasiones vienen a constituir las respuestas relativamente duraderas que puede desarrollar ante estas sensaciones de aislamiento e impotencia.

Se pueden desarrollar pasiones fundamentales que permiten vincular al individuo con sus semejantes y superar aquellas sensaciones insostenibles. Pero también se pueden desarrollar afanes de control y dominio insaciables como respuesta.

Biofilia y necrofilia son las nociones con las cuales Fromm (1975) caracteriza estas tendencias o pasiones antagónicas con las que el ser humano afronta su dilema existencial, un dualismo que, a diferencia del freudiano, supone que las tendencias necrófilas solo se desarrollan ante la frustración de las biofílicas.

Las formas de violencia no destructiva, si bien guardan con ésta la topografía de actos de fuerza excesiva que causan, y tienen la intención de causar, daño a personas, animales u objetos, serían propias de una orientación biofílica en tanto dirigidas a la preservación de la vida, como cuando se amenaza la integridad individual o de los seres amados.

Por el contrario, la necrofilia se expresa en las formas de destructividad orientadas por el ansia insaciable de control, sojuzgamiento de los demás y poder o, en su forma extrema, el exterminio de los otros, que Fromm juzga como esfuerzo desesperado por superar sentimientos intolerables de soledad e impotencia y ante el fracaso por vincularse amorosamente.

Estas tendencias destructivas pueden darse además de manera espontánea o ligadas a la estructura del carácter.

Será espontánea aquella forma de destructividad caracterizada por los estallidos de impulsos destructivos inactivos activados por circunstancias extraordinarias.

En cambio las formas destructivas vinculadas a la estructura del carácter, se distinguen por su permanencia y por constituir una expresión de la organización individual o social del carácter, siendo el sadismo y la necrofilia las estructuras caracterológicas subyacentes a las expresiones más graves de la destructividad humana, en particular esta última, en tanto constituye una expresión de la pasión por destruir la vida, mientras que el sadismo conlleva la pasión por controlar, dominar, humillar y en general ejercer el máximo poder

Entre sus extremos biofílicos y necrofílicos, y más allá, cabe mencionar otras formas de violencia, como la pseudoagresión o violencia accidental, la lúdica, dentro de la que se cuentan diversas modalidades de deporte y destreza, la conformista, definida no tanto por el deseo de destruir cuanto por la obligación de obedecer, la instrumental u orientada por fines prácticos, que explica buena parte de la violencia delictiva, y la voraz, tan particular del sistema mercantil capitalista.

Pero ¿qué relación guarda todo esto con la adolescencia?

En torno a la adolescencia

Como ya se mencionara, la adolescencia constituye un pasaje en la existencia humana, momento transicional entre lo familiar y lo social, lo infantil y lo adulto, lo conversacional y lo público.

Este pasaje está marcado por lo que en Psicoanálisis se define como el pasaje de la regulación familiar a la sociocultural o, de manera más clásica, como el declive de la función paterna, de ese significante ternario que contenía y ponía límites al goce imaginario infantil, abriendo entonces las vías del deseo y del ideal yoico.

La adolescencia es ese período de la existencia humana que se debate entre lo propio y lo ajeno, una experiencia ambigua y caótica marcada por las discontinuidades y las rupturas. Ella se vive como ese momento que no puede realizarse ni continuarse más en aquel viejo ámbito familiar y que demanda un cambio de escenario.

Recién en la adolescencia el ser humano se convierte en un ser histórico en tanto puede crearse una historia y así conformar una estructura significativa, que por un lado, está orientada al pasado y extrae nuevos significados, tanto de las experiencias positivas como de las negativas de su niñez, y por el otro, está orientada hacia el futuro, en tanto genera expectativas que influirán en su porvenir.

Pero por ello mismo, este momento conlleva una ambigüedad entre un orden que se pierde y un futuro incierto por venir, asociada con gran excitación y angustia, excitación por lo novedoso, angustia por las pérdidas que significa.

Pero, ¿cómo enfrentar los nuevos dilemas y asumir las nuevas responsabilidades que ese mundo extrafamiliar conlleva cuando no se tiene idea de cómo orientarse y en qué dirección moverse? Fácilmente se cae en la tentación de proyectar las viejas categorías,

representaciones y experiencias familiares sobre ese nuevo y ajeno entorno, una práctica que obnubila a la conciencia el desafío que esta nueva situación conlleva.

Se hace entonces necesario ese declive de la función parental, de los esquemas familiares de comprensión y relación, para poder trascender aquellos marcos firmemente afincados y devenir a un nuevo orden.

Pero, cuanto más antagónico se vivencie ese orden que reinaba en el seno familiar con respecto al que impone el nuevo entorno sociocultural, más difícil y caótica se hará la transición de lo infantil a lo adulto.

Y una particularidad de la modernidad con respecto a los tiempos tradicionales, es la especial virulencia que asume esa transición del orden familiar al cultural que conlleva la adolescencia.

Mientras en las culturas tradicionales la adolescencia estaba altamente ritualizada, de manera que el pasado de los adultos (era) el futuro de los de cada nueva generación (y) el futuro de los niños (era) diseñado de tal modo, que ellos (tendrían) que experimentar, que vivir, tras la conclusión de su infancia, lo que sus antepasados (habían) vivido tras la conclusión (de la suya) (Erdheim, sfe: 39), los tiempos modernos conllevan una

progresiva desritualización de ese caos adolescente, hasta confinarlo a un escenario crecientemente fragmentado e individual. No es que hayan desaparecido los ritos iniciáticos o de pasaje, lo que sucede es que estos han perdido su homogeneidad cultural y demandan crecientemente ya no un costo grupal sino uno cada vez más individual.

En la modernidad, la tradición, pero también la educación formal, han perdido su función de patrón, y otras esferas antes bien delimitadas como la política, la ciencia, la filosofía, el arte y la religión, cada vez se diluyen y entremezclan más

Y es que mientras en las sociedades tradicionales la familia, la comunidad y la cultura se viven con mayor continuidad, en las sociedades modernas la comunidad es reducida al ámbito familiar, con lo que desaparece el círculo de relaciones sociales que se erigía tempranamente entre la familia y la cultura, lo que a su vez conlleva a que el adolescente se vea expuesto a una confrontación radical entre familia y cultura y, en consecuencia, que el desprenderse de la familia resulte extremadamente difícil, pero que en caso de no lograrse, todo lo ajeno correrá el peligro de convertirse en madriguera de todo mal.

¿Cómo entonces será hoy madurar para los jóvenes, una época en que lo incierto y lo transitorio, signos de ese pasaje adolescente, se han convertido en lo distintivo del ser adulto?

En este contexto y en medio de la moratoria cada vez más dilatada que en los tiempos contemporáneos conlleva el pasaje adolescente, emerge un ethos específicamente adolescente (Feixa, 1995), lejos del rechazo que provoca la infancia y de la angustia que produce el porvenir adulto, incluso sustituto de los ritos de pasaje, o quizá más bien congelamiento de éstos en un compulsivo presentismo de eterna juventud; que, más allá del espacio y tiempo familiar, conforma nuevos espacios de encuentro, de bares y discotecas, y tiempos de la noche, lejanos del mundo febril y diurno adulto, y en los que pueda constatar los alcances de su mismidad.

Es una cultura sensorial, hedonista, narcisista, de la inmediatez y el eterno presente, presidido por la oralidad consumista, que no necesita del pasado y la tradición ni del futuro, donde lo efímero se convierte en el signo de lo eterno.

Frente a la familia, se crea el grupo y la pandilla, frente a la cultura adulta y civilizada, tribus urbanas, provocación y protesta social.

Es un ethos en el que el adolescente, puede llevar su singularidad y autoafirmación

al paroxismo. La excentricidad en el vestir, el comportarse, el hablar y agruparse, se constituyen en signos de la distintividad, la excepcionalidad y la autoafirmación. Se muestra susceptible, irritable y arrogante, y adopta una actitud de constante rebeldía, al parecer como una manifestación de una imperiosa necesidad de afirmación personal frente a instituciones, formas de vida y sistemas adultos (Krauskopf, 1996).

La familia, la sociedad, las costumbres, la religión, la moral, todo lo percibe como amenaza a su yo. Por ello ante todo principio establecido, ante toda autoridad y tradición, adopta una actitud de desconfianza, desprecio y hostilidad.

Será precisamente en este pasaje entre lo familiar y lo ajeno, lo infantil y lo adulto, momento caótico entre el orden familiar que se abandona y el cultural que se avecina, y de las angustias y excitaciones asociadas que caracterizan la adolescencia y su particular ethos, y en estas vicisitudes de lo tradicional a lo moderno, que emergen la violencia y el valor de su significación diversa, en particular en lo que respecta a sus formas agresivas y destructivas.

La violencia en la adolescencia

En esta edad la violencia, en muchas de sus diversas manifestaciones, constituye uno, sino es que el principal, de los distintivos reactivos o defensivos ante las amenazas y el miedo a lo incierto y la volubilidad vivenciada para hacerle frente (Krauskopf, 2003).

Como reacción básica ante la quiebra que el joven experimenta en su marco de orientación y devoción, y el sufrimiento a ello asociado, esta violencia está fuertemente relacionada, de una parte, con la estructura misma del yo y sus identificaciones narcisistas, de la otra, con condiciones histórico-sociales que propician su satisfacción o la bloquean.

Ante entornos y situaciones en que el joven no tiene prácticamente ninguna capacidad de incidencia en tanto individuo, se magnifican sus sentimientos de soledad, incertidumbre, minusvalía e impotencia, debilitan los sentimientos de simpatía o capacidad para considerar los sentimientos y pensamientos de los otros, y se favorece la emergencia de tendencias agresivas y múltiples formas de destructividad con las cuales se trata de conjurar aquellos sentimientos, y gratificar las pasiones de omnipotencia, poder y control, e incluso de destrucción o aniquilamiento.

La relación con el otro, que la filósofa alemana Anna Arendt (1993) identifica como

la cuestión central de la violencia, queda signada por un desesperado afán de poder y control sobre los demás, compensatorio de los sentimientos de impotencia y devastación que amenazan la estructura narcisista del yo, que subvierte toda esperanza o procuración de sentido en la adolescencia.

La vacuidad yoica (Cushman, 1990) que tal situación supone, puede desembocar en profundos sentimientos de aniquilación del otro o del sí-mismo, como perversión extrema en la desesperada búsqueda de tratar de encontrar sentido a una existencia anodina y absurda.

Pero estos profundos sentimientos de impotencia y desolación, que con frecuencia se esconden tras fantasías de omnipotencia e invulnerabilidad, y que conducen al adolescente a la regresión y lo atan a la familia, desatando sus fuerzas más arcaicas y creando un considerable potencial de agresividad y destructividad, no solo provienen de las condiciones de un incierto sociocultural, sino de una historia personal signada por lo que el psicoanalista francés Jacques Lacan (Lacan, 1971), ha llamado una Ley paterna fallida.

Tras las más sonadas expresiones de violencia en la adolescencia y más allá, se repite una historia familiar marcada por las experiencias de —victimizaciónl infantil y

exposición a diversas formas de abuso y maltrato.

La distancia afectiva y falta de expectativas parentales respecto al futuro de los hijos, si bien menos consistentes en su relación con distintas expresiones de violencia adolescente, y menos frecuentes que las experiencias de maltrato familiar, también apuntan en la dirección de esta ley paterna fallida como constitutivo biográfico de la violencia adolescente.

Y en un ethos que exagera lo sensorial, la imagen corporal expresada en la fortaleza masculina y la esbeltez femenina, la autosuficiencia, lo efímero, lo excéntrico y lo rebelde y contestatario frente a instituciones, formas de vida y sistemas adultos, las vivencias de un narcisismo herido, de un ideal del yo sin soporte, de una conciencia moral en desbandada, de su sinsentido ni proyecto, encuentran fácilmente en el éxtasis de la violencia un sentido de identidad, de estar vivo, de alivio al dolor y a la angustia de ser.

**Procesos y mecanismos psicosociales
y socioculturales asociados a la
promoción o prevención de la violencia en
la adolescencia**

De acuerdo con lo expuesto hasta aquí, la violencia en la adolescencia se nos presenta

en gran medida como uno de los principales reactivos distintivos o defensivos ante las amenazas, el miedo a lo incierto y la volubilidad vivenciada para hacerle frente, en este período de vida. Como reacción básica ante la crisis de identidad que se experimenta y, en particular, ante la quiebra en su marco de orientación y devoción y el sufrimiento a ello asociado, esta violencia estará fuertemente relacionada, de una parte, con la estructura misma del yo y sus identificaciones narcisistas, de la otra, con las contingencias histórico-sociales en que se desenvuelve el adolescente

Y dentro de esas contingencias valga mencionar una diversidad de aspectos y niveles, que van desde aquellos propios del contexto transnacional, pasando por el ordenamiento político-institucional y de seguridad social nacional, el sistema productivo y de distribución, la cultura y el ocio, hasta aquellos más propios de la cotidianidad escolar, comunitaria, vecinal y familiar.

Pocas hipótesis sobre las expresiones de violencia gozan de tal consenso y evidencia como la que postula que esos sentimientos de impotencia y desolación, que subyacen tras el potencial de agresividad y destructividad adolescentes, encuentran su origen en una historia familiar signada por la llamada Ley

paterna fallida, de la que sus signos más evidentes resultan de la exposición infantil a diversas formas de abuso, maltrato, indiferencia y abandono parental.

De ahí que, dentro de las condiciones psicosociales o más inmediatas al individuo, se destaque en diferentes estudios la importancia de los estilos parentales de crianza en la facilitación de la agresividad o la conducta pro social de los hijos, en la configuración de su sí-mismo y en su interiorización de valores morales. (Angulo, 2008)

El papel modelizador y las propias experiencias infantiles de maltrato familiar, son continuamente señaladas como potenciadores de violencia en niños, jóvenes y adultos; se habla de la transmisión intergeneracional del maltrato (Morales y Salas, 2004), por la que los niños maltratados por padres dentro de estilos autoritarios de crianza tienden a ser más agresivos, presentar dificultades para hacer y mantener amistades y, cuando adultos, maltratar a sus propios hijos.

Por el contrario, el desarrollo de —las relaciones paternas nutritivas y amorosas (Morales y Salas, 2004), la consistencia en la disciplina, la evitación del castigo físico, la interdependencia y empatía vecinal y comunitaria, y el evitar la exposición continua

a la violencia de los medios de difusión masiva, son presentados como un elemento central en la lucha contra la violencia.

Albert Bandura y colaboradores (Bandura y Walters, 1983) han demostrado la relación existente entre la imitación y los modelos adultos significativos, y que los infantes se muestran más dispuestos a imitar roles de modelos adultos cuando éstos despliegan conductas afectivas y de calidez emocional que cuando los adultos son fríos y distantes.

A este respecto quizá sea importante resaltar en cuanto al valor de los estilos de crianza parental, más que los métodos de crianza mismos, el carácter de los agentes de crianza en la promoción de la convivencia o de las manifestaciones de diferentes formas de violencia destructiva, no sólo en los entornos familiares (Fromm, 1996) sino también escolares (Bernfeld, 1973).

Aspectos más particulares relacionados con los estilos parentales y otras condiciones del entorno familiar y su incidencia en el involucramiento de los infantes y adolescentes en situaciones de violencia que han sido resaltados por los estudios empíricos, son la estereotipia patriarcal, la exposición a escenas de violencia doméstica o incluso mediática, el fácil acceso a armas en el hogar, la falta de contacto con otros socioculturales

y, en relación a la vida escolar, la falta de interés y expectativas parentales con respecto al estudio de sus hijos (Díaz-Aguado, 2005; Angulo, 2008) .

En lo que respecta a las condiciones del entorno extrafamiliar inmediato, en particular comunal y vecinal, es de destacar la formación de grupos de pares y pandillas, que llegan a conformarse en verdaderas —comunidades emotivas‖ que brindan —identidad y sentido a la vida‖ (PNUD, 2010).

De una forma de pasar el tiempo, incluso con ocasionales actos de incivildad y vandalismo, muchos de éstos devienen en grupos de actividades violentas que incurren frecuentemente en el robo, la extorsión, el amedrentamiento e incluso el crimen organizado como su forma predominante de vida

También los medios de comunicación social, en particular la televisión, y más recientemente el video juego y la Internet, han ido desempeñando un papel crecientemente protagónico como nuevos mecanismo de mediación psicosocial que inciden en el involucramiento adolescente en situaciones de violencia,

Los estudios tanto nacionales como de otros países indican claramente que la televisión constituye hoy la principal

actividad de entretenimiento y reunión familiar, y que su programación, en particular la dirigida a la población infantil y adolescente, se encuentra sobresaturada de contenidos violentos ((Lobo y Robert, 1997)

A este respecto, existe una amplia evidencia experimental y ex post-facto que apoya el argumento de la relación positiva entre exposición televisiva de contenidos violentos y conductas afines en la niñez y la adolescencia. Se ha establecido que la televisión estimula la agresividad mediante la presentación de modelos de comportamiento violento que el menor aprende y puede llegar a imitar ulteriormente (Robert, 1994), o al mostrarla como una conducta correcta en contextos que resultan muy atractivos para el joven espectador (García-Galera, 2000)

En cuanto al entorno escolar y su papel en el involucramiento o no del adolescente en diversas situaciones de violencia, bástenos con señalar la relación que los estudios empíricos encuentran entre compromiso adolescente en su vida escolar y baja tasa de violencia o, por el contrario, entre altas tasas de ésta y deserción escolar, fuga y bajo rendimiento, así como, aunque de manera más ambigua, entre autoritarismo y educación bancaria con ciertas manifestaciones de la violencia, como el vandalismo y el robo

escolares ((Magee y Rutheford, 1998; Krauskopf, 2006)

Finalmente, en relación a las condiciones histórico sociales, políticas y culturales que promueven el desarrollo de la agresividad y la violencia destructiva, amén de los eventos bélicos, las relaciones de poder y las condiciones de explotación y exclusión socioeconómica, se mencionan las diversas formas de reificación, que despojan del sentido de existencia a los individuos, de competencia, que bloquean el desarrollo de los lazos de solidaridad y de vínculos amorosos de unos con otros, y de consumismo exacerbado, que reducen la subjetividad socialmente construida a un cúmulo de apetencias hedonistas insaciables; todas condiciones que al obturar el desarrollo de las demás potencialidades humanas, promueven el desarrollo de la necrofilia y la violencia destructiva. (Fromm, 1985).

Y una de las particularidades propias de los procesos de globalización contemporánea es precisamente la incertidumbre, competitividad, asimetría y exclusión que conlleva y que constituyen un impresionante caldo de cultivo para la frustración, el prejuicio y la hostilidad internacionales, interculturales, socioeconómicas e interpersonales. (Jameson, 2000, July-August).

Por si fuera poco, una de las peculiaridades de estos procesos de globalización es el abrupto desenclave que se produce con respecto a mecanismos psicosociales tradicionales de socialización y construcción de la identidad, tales como la familia, la comunidad, la Iglesia y la institución escolar, al punto de que tales mecanismos pierden su función de regulación y transmisión. (Fougeyrollas, 1985)

¿Qué hacer entonces para la prevención y control de la violencia adolescente, cuando tales mecanismos parecen parte de los dispositivos en desuso de una práctica regulativa que ha perdido su norte y que probablemente constituyen parte del problema más que de la solución a las manifestaciones, experiencias y vivencias de violencia que se pretende?

A modo de conclusión:

Propuestas para la prevención e intervención en situaciones de violencia adolescente

Para prevenir y combatir las manifestaciones de violencia y destructividad en general, y en el adolescente en particular, se requieren cambios radicales en esa diversidad de condiciones antes mencionadas

y que favorecen su promoción y expresiones variadas.

A nivel familiar, se debe ayudar a los hijos desde temprana edad para que controlen mejor su agresividad, fomentando la empatía y proscribiendo la crueldad doméstica, tanto en las relaciones de pareja como en las prácticas parentales, evitando la estereotipia y discriminación de género, eliminando el acceso a armas en el hogar, desestimulando la compra de juguetes bélicos o video-juegos de contenido violento, señalándoles en cada oportunidad, en el hogar o en la escuela, sus tendencias a proyectar su hostilidad hacia otros, fomentando, a contrapelo de algunas campañas paranoides de seguridad ciudadana, la interacción y la tolerancia antes que la hostilidad a los extraños, y mostrando interés por los logros infantiles y adolescentes y sus aspiraciones futuras.

En cuanto a la experiencia massmediática y la prevención de su influjo en las manifestaciones de agresividad y violencia infantil y adolescente, grande es la responsabilidad parental en la configuración de un entorno familiar donde la televisión no constituya el centro de cotidianidad y comunicación familiar, en donde se fiscalicen los programas que se ven, se evite la exposición de los más pequeños a escenas

brutales y, más allá, se oriente respecto al lenguaje y contenido televisivos.

Un programa mínimo de regulación familiar que ha de encontrar su complemento y refuerzo en una política escolar que incorpore de una vez por todas el lenguaje televisivo, tanto como medio de instrucción como objeto de análisis formativo; también en una política cultural pública de regulación que favorezca un ofrecimiento televisivo de mayor variabilidad programática y más balanceado en cuanto a los contenidos de entretenimiento, información y formación humanística e incluso, en una actitud más responsable de parte del patrocinio en que se sustenta la industria televisiva y de los responsables en la autorregulación de ésta.

Ya a nivel de los centros escolares, la permanencia del joven en éstos y su compromiso en el proceso formativo constituyen importantes mecanismos de prevención y disminución del involucramiento adolescente en situaciones de violencia fuera y dentro del entorno escolar.

Lograr que el joven se sienta conectado con el centro escolar, que tenga experiencias de logro y vivencie que está siendo aceptado y bien tratado y que hay adultos con los que puede establecer relaciones de empatía, son factores que contribuyen a disminuir las

manifestaciones de violencia en esta edad (Ortega, 2003) .

Para ello es necesario favorecer actividades en el aula que fomenten el interés, la creatividad, la amenidad, la espontaneidad, la vinculación con la vida concreta, la cooperación y el sentimiento de logro individual.

Hay que abandonar la imposición, la intimidación y la humillación como estrategias de control, activación y cumplimiento, y centrarse más en la orientación dialógica y formativa y en el desarrollo de la autodisciplina y la flexibilidad crítica y responsable.

Hay que involucrarse en las actividades de los jóvenes, en particular en las deportivas e informales. Hay que fomentar el sentido de pertenencia como forma de combatir el vandalismo. Las actitudes violentas hay que asumirlas en su mayoría como síntomas del malestar e insatisfacción que aquejan al menor.

Debe privar la camaradería y la atención del menor, así como el recusar toda veleidad autoritaria, narcisista y dominante. Hay que ser consistentes y creíbles por los menores.

Más allá, debe dársele a los adolescentes participación efectiva en la toma de decisiones en los centros escolares, en particular en lo atinente a las principales

problemáticas de violencia, indisciplina y vandalismo que se experimenten en el centro. Que su voz se escuche junto con la del cuerpo docente y la administración contribuye a fortalecer su sentido de responsabilidad.

Y con respecto a los padres de los menores, es importante establecer y mantener una relación afectuosa con ellos, interesarlos en los asuntos de la educación de los hijos mediante actividades como las mencionadas y orientarlos respecto al influjo de las prácticas parentales y la dinámica familiar en la promoción de conductas prosociales o violentas en niños y adolescentes, así como en la especificidad y peculiaridades de estos momentos de la vida

Para concluir, es preciso reiterar que, al nivel de las estrategias y prácticas de afrontamiento y prevención de la violencia y destructividad, se requiere de cambios simultáneos y radicales en escenarios que trascienden en mucho el nivel de intervención psicosocial familiar y escolar, y comprometen ámbitos del entorno sociocultural, económico y político en que se desenvuelven los adolescentes, sus familias y los centros escolares.

Más allá, en consonancia con el modelo de cultura ciudadana, hay que promover

políticas que combatan la intolerancia, la inequidad y la explotación, favorezcan una cultura lúdica y recreativa menos potenciadora de la violencia y la agresión, y promuevan un entorno sociocultural en el que la niñez y la adolescencia tengan garantizados su sentido de seguridad, esto es, que no estén amenazadas las condiciones básicas de su sobrevivencia y oportunidades para una vida digna, y se les brinde la posibilidad de actualización y autodeterminación, así como llegar a ser miembros activos y responsables de su sociedad.

Referencias

- Alfaro, M. (2006). Informe Subregional de Centro América y México. FAO *Estudio de tendencias y perspectivas del sector forestal en América latina* recuperado el 06 de mayo de 2010 de <http://www.fao.org/docrep/009/j7354s/j7354s00.htm>
- Arendt, A. (1993). *La condición humana*. Barcelona: Paidós
- Bandura, A. y Walters, R. (1983). *Aprendizaje social y desarrollo de la personalidad*. Madrid: Alianza
- Blum, J., Ireland, M. y Blum, R. (2003). Gender Differences in Juvenile Violence: A Report From Add Health. *Journal of Adolescent Health*, 32, 234-240.
- Bernfeld, S. (1973). *El psicoanálisis y la educación antiautoritaria*. España: Seix Barral
- Burgess, A. (2001). *La naranja mecánica*. España: Minotauro
- Carranza, E. y Solana, E. (2004). Seguridad frente al delito en Costa Rica. *Décimo informe sobre el Estado de la Nación en desarrollo humano sostenible*. San José: Consejo Nacional de Rectores. Defensoría de los Habitantes.
- Carranza, E. (2010, 24 de enero). Criminalidad en Costa Rica.: ¿Qué ocurre? ¿Qué hacer?. *La Nación*, p. 31A
- Cushman, P. (1990). Why the Self is Empty. *American Psychologist*, 45 (5), 599-611
- Díaz-Aguado, M. (2005). Porqué se produce la violencia escolar y cómo prevenirla. *Revista Iberoamericana de Educación*, 37, 17-47. Recuperado el 08 de febrero de 2010 de www.rieoei.org/
- Dirección General Policía de Tránsito *Estadísticas*. Recuperado el 06 de mayo de 2010, de <http://www.transito.go.cr>
- Erdheim, M. (s.f.). *¿Es el hombre de las sociedades modernas un eterno adolescente?* (material fotocopiado).
- Feixa, C. (1995). —Tribus urbanas y —chavos bandal. Las culturas juveniles en Cataluña y México. En *Nueva Antropología*, XIV, (47), 71-93. México: CIESAS.
- Fougeyrollas, P. (1985). *Les metamorphoses de la crise*. France: Hachette.
- Freud, S. (1969). *Psicología de masas y análisis del yo*. Madrid: Alianza
- Freud, S. (1983). El malestar en la cultura. En N. Braunstein (Ed.), *A cincuenta años de El Malestar en la Cultura* (pp.13-116). México: Siglo XXI.

- Fromm, E. (1975). *Anatomía de la destructividad humana*. México: Siglo XXI.
- Fromm, E. (1985). *Psicoanálisis de la sociedad contemporánea*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Fromm, E. (1996). *Espíritu y sociedad*. Barcelona: Paidós.
- García Galera, M.C. (2000). *Televisión, violencia e infancia. El impacto de los medios*. Barcelona: Gedisa
- Jameson, F. (2000, July-August). Globalization and Political Strategy. *New Left Review*, 4, Article. Recuperado el 08 de agosto de 2004 de [http://http://www.newleftreview.org/](http://www.newleftreview.org/)
- Krauskopf, Dina (1996). Violencia juvenil: Alerta Social. *Revista Parlamentaria. La Crisis Social: Desintegración familiar, valores y violencia social*. Vol. 4 No. 3 Dic. 1996
- Krauskopf, D. (2003). Juventud, Riesgo y Violencia. *Programa Sociedad sin violencia*. El Salvador: Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo.
- Krauskopf, D. (2006). *Estado del arte de las experiencias y proyectos de prevención de la violencia en ámbitos escolares*. Costa Rica: Organización Panamericana de la Salud y Agencia de Cooperación Técnica Alemana.
- Kubrick, S. (Productor). (1971). *La naranja mecánica*. (Cinta cinematográfica). EE.UU.: Paramount Pictures.
- Lacan, J. (1971). *Escritos*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Lobo, I. y Robert, J. (1997). *La Televisión y el Niño Costarricense*. Costa Rica: Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- Lorenz, K. (1971). *Sobre la agresión: el pretendido mal*. México: Siglo XXI.
- Magee, M. y Rutheford, R. (1998). Alternative programs for students with social, emotional or behavioral problems. EEUU. *The Council for Children with behavioral Disorders*.
- Martín-Baró, I. (1984). *Psicología: Ideología y Ciencia*. San Salvador: UCA
- Marx, C. y Engels, F. (1963). *Obras escogidas*. Moscú.
- Morales, M. y Salas, N. (2004). Violencia, familia y patrones de crianza. En M. RosabalCoto (Coord.) *Jornada de expertos sobre: la violencia en los sistemas de creencias asociados a las prácticas parentales de crianza de niños y niñas costarricenses*. Instituto de Investigaciones Psicológicas, Universidad de Costa Rica..
- Ortega, R. (2003). El Proyecto Antiviolenca escolar: Andave. *Boletín Colegio Oficial de Doctores y Licenciados*, 17-23.

PNUD (2010). *Informe sobre desarrollo humano para América Central 2009-2010*.

Proyecto Estado de la Nación (2006). *Estado de la Nación en Desarrollo Humano Sostenible: un análisis amplio y objetivo sobre la Costa Rica que tenemos a partir de los indicadores más actuales 2005*. San José, C.R.: Editorama S.A. Robert, J. (1994, febrero). Televisión: Violencia y socialización. *Reflexiones*, 19, 25-35 Skinner, B. F. (1986). *Sobre el Conductismo*. Barcelona: Planeta de Agostini.

Stone, O. (Director). (1994). *Asesinos por naturaleza*. (Cinta cinematográfica). EE.UU.: Paramount Pictures.

Jaime R. Robert Jiménez, Centro de Investigaciones Psicológicas Avanzadas (CIPA) Universidad Católica de Costa Rica. E-mail: robertjaim@gmail.com.